

RITMO Y ESPIRITU EN RUBEN DARIO

POR

GERARDO DIEGO

Ritmo y espíritu en Rubén Darío. Me propongo fundir estos dos términos en una sola entidad. Tratar del ritmo en su valor íntegro, esto es, en su materia y en su espíritu, pero tal vez convenga antes distinguir los dos extremos. La materia. No creo que haya habido poeta que haya cantado con tal insistencia, con tan fiel esclavitud de destino, a la materia, como Darío. Otro poeta, que sería uno de los precursores del nicaragüense si los verdaderos poetas fuesen precursores y no ellos mismos—precursores, realizadores y sucesores de sí mismos—, Gustavo Adolfo Bécquer, dicen que empleó en un verso la palabra «materia» uniéndola una vez más con su inseparable—en mala retórica—epíteto de «vil». Bécquer pregunta en una de sus rimas más populares: ¿«Todo es vil materia / podredumbre y cieno?». Dicen, pero no es verdad. Quien lo pregunta no es Bécquer, sino su amigo y albacea poético Narciso Campillo. A mí siempre me habían parecido indignos del delicadísimo poeta esos dos versillos. Lo que Gustavo había escrito parece lo mismo, pero es todo lo contrario, poéticamente hablando. (Los contrarios en poesía tienen poco que ver con los contrarios o contradictorios en lógica.) Porque él preguntaba angustiado al ver qué solos se quedan los muertos. «¿Todo es sin espíritu / podredumbre y cieno?». La mención del espíritu levanta el verso, aunque sea negativa, mejor dicho, más precisamente por ser negativa y des-acostumbrada, a la altura poética deseada. Ya se bastaban la podredumbre y el cieno para el contraste de espíritu y materia.

Materia. «Miseria de toda lucha por lo finito». Materia y miseria son vocablos muy parecidos, suenan casi igual. Como otro Segismundo, Rubén pudo hacer suya la queja encadenada desde la torre: «¡Ay mísero de mí! ¡Ay infelice!». Rubén se siente sujeto por la miseria de su lucha, por vergonzante y vergonzosa sumisión, a la carne, al pecado, a la materia. Miseria del ser humano. Pero miseria que sabe que en cualquier momento puede venir la redención, el «batir de alas» que también dijo Bécquer, junto con el «rumor de besos», besos no ya esclavos de la concupiscencia, hundidos en la baja sensualidad, sino flores abiertas en los labios por el influjo de la primavera del amor.

Rubén sabe que existen un cuerpo, una materia y también un alma o una alma. Toda su vida luchará la una por elevarse hacia la otra. Pero ello sólo será posible en raros momentos y gracias al soplo, el viento ascensional del espíritu. La rezumante, la jugosa sensualidad de Rubén Darío se redime gracias a su última y primaria fe religiosa, fe en el «Espíritu» con mayúscula, y la verticalidad en aguja de la catedral tira de todo su ser hacia arriba liberándole de su caída entre los escombros de las paganas ruinas. Habría que poner en línea todos los textos del poeta en que se nombra o se alude al Espíritu para darse cuenta de lo que puede en su ser de hombre mortal, en su sed de hombre cristiano, sed agustiniana, ese tirón espiritual, esa salvación o asunción desde el hondón de la materia, de la miseria corporal, hasta las esferas luminosas y numinosas de lo celeste.

Lo celeste. Otra palabra decisiva en Darío. Que él recita, canta tantas veces prefiriéndola a celestial. Darío no ve oposición de contrarios entre la carne y el alma, y por encima del alma, flotando, batiendo alas, el espíritu, ahora ya individualizado, el espíritu en cuanto entidad integradora y específicamente personal del hombre-ángel Rubén Darío. «Carne, celeste carne de la mujer». Darío sabe que, en la poesía al menos, se funden espíritu y carne, materia y alma, miseria y transfiguración, lucha terrible para sucumbir un día y otro y al mismo tiempo paz, paz, paz. La definitiva fusión, el último abrazo no se realizará hasta el umbral de la muerte, del tránsito cristiano. Y entretanto los testimonios, las angustias de la psique abolida, de la carne triunfante, la agonía estremecedora no dejará un momento de inquietar al héroe de tantas horas de vida y de poesía. Por encima de todo y pese a su esclavitud erótica y sensual, a su entrega al vicio estimulante y a los demonios azulencos del alcohol, Rubén Darío es un libertador, un optimista fundamental. Y justamente porque esa liberación con que nos libera a todos los que le amamos y le creemos, se fundamenta en su aceptación humilde de la miseria y la derrota en la lucha cotidiana.

Hoy ya no nos parece tan inconciliable la materia con el espíritu. Sabemos que hay alma en la materia y Rubén, sin saberlo, atormentado en su infierno con su pena inclemente, incesante de responsabilidad pecadora, no lo sabía aunque a veces parece que lo sospechase y aunque su poesía cante precisamente esa unión, esa concordia y vida unida, entramada de los dos términos opuestos... Qué riqueza, qué esplendor, qué gloria la de las materias y materiales del universo en manos del poeta. Con qué arrojo, con qué gula insaciable se abisma hundiendo manos y labios en sus pozos que de puro finitos parecen sin fondo, infinitos. Rubén es el poeta más excelso que haya amasado entre sus manos la materia del mundo. Y en sus manos, entre sus

dedos de liróforo celeste, se comprueba celeste, al menos en potencia, todo lo que tocan, hasta el cieno y la podredumbre, ya para siempre, gracias a su verso, con espíritu.

¿Cómo no recordar esa poesía por su brevedad, pero poema, inmenso poema por su densidad y hondura espantable, ese su máximo poema «Lo fatal»? Piensa o siente el poeta que frente a su infelidad radical son dichosos por su escasa potencia o su total carencia de sensibilidad el árbol y la piedra. «Dichoso el árbol que es apenas sensitivo / y más la piedra dura porque esa ya no siente». Pero al aludirla, al «demostrarla» pronominalmente, con la palabra «esa» ya la está humanizando. Esa palabra «esa» es la que más me ha emocionado siempre de toda la poesía de Rubén Darío. Con su elevación desde la dura materia al ser dotado de alma, capaz de redención, espiritual y celeste, ser que aguarda también su juicio final, Darío ha mostrado toda la infinita ternura, todo el espíritu amoroso de que estaba colmada su humanidad bondadosa. «Si no caí fue porque Dios es bueno» y porque Dios es bueno, Rubén es también bueno. Y la piedra, dura, «esa», termina por salvarse y por sentir.

La ciencia actual ha penetrado con tanta osadía y reverencia en el seno de la materia que nos quedamos ya perplejos y sin saber a qué atenernos respecto a la escolástica distinción frente al espíritu. Pero lo que la ciencia no puede darnos porque no podrá pasar de cierto umbral que le es vedado pisar, la fe nos lo entrega, la fe y el amor y la esperanza sobrevolando el término sin preocuparse de transgredir umbrales ni dinteles. Todo es uno y la fusión que vamos a ver realizarse en el seno de la poesía se ha realizado ya antes en el de la vida misma.

El estudio del ritmo y de su significación anímica y espiritual en la poesía de Rubén Darío va a ser objeto, siquiera sea volanderamente, de estas reflexiones y análisis míos de hoy.

EL VERSO ELÁSTICO

Lo importante en el ritmo poético, como en el musical, no es tanto su cantidad y proporción interna, sino su elasticidad. Pero todavía no es la elasticidad sola la que importa, sino referida a la espiritualidad. Voy a tratar de explicarme. Empecemos por sentar la verdadera esencia del ritmo. El ritmo no quiere decir la velocidad, lenta o rápida. Todos los días oímos y leemos frases de este tenor: «Las obras del nuevo aeropuerto siguen a buen ritmo». El que esto habla o escribe, aunque sea por ventura —o desventura— todo un señor ministro, no sabe lo que es ritmo. Lo que él quiere decir es que tales obras van, marchan de prisa, que su movimiento hacia la conclusión es rápido

y no se detiene ni retarda. Porque no hay ritmos buenos ni malos. Y cada ritmo sigue siendo el mismo, sea cual fuere la celeridad que se le imprima. El ritmo, en efecto, consiste en la organización en unidades complejas o sencillos múltiplos, perceptibles y separables por su sistema en torno de un núcleo, de la serie indefinida de una marcha, movimiento lineal, melodía. Y será tanto más ritmo o ritmo pleno si dichas unidades o múltiplos obedecen a una ley de igualdad numérica o, al menos, de repetida y clara percepción. De donde se deduce que no hay ritmos mejores que otros. Y esto se ve clarísimamente en la música, arte por excelencia rítmica, y con la que siempre hay que comparar lo que sucede en las otras artes o en el funcionamiento biológico de todos los seres de la creación.

Eso que ahora llaman por mal nombre «ritmo» no es sino la velocidad, la rapidez o lentitud, el paso, la marcha, la andadura. Y, por emplear un término estricto musical que la Academia ha admitido ya en su forma italiana, como tantos otros del lenguaje de la música, para no confundirlo con su uso general, el *tempo*.

Pero hay que añadir que cuando se ha concluido de analizar todo lo delicadamente que se quiera la materialidad fónica de unos versos y se ha dictaminado su ritmo absoluto o dominante y sus miembros naturales, no se ha hecho sino apenas empezar, porque lo esencial en el examen del ritmo poético no es el compás—volvemos a tomar el ejemplo de la música—, sino su aplicación y adecuación a lo que se quiere expresar en la poesía y parece que se quiere expresar en el lenguaje misterioso de la música. Es, pues, lo esencial el alma, la relación entre sonoridad y sentido; en una palabra, porque lo de alma aún me parece pobre, el espíritu, el aliento, el soplo que empuja la nave e hincha y tensa su velamen con palpitación continua, igual y variada sutilmente, constantemente, según la racha apoye un poco más o se encalme un tantico. Y esto es casi lo que yo llamo la elasticidad. Casi, porque explicarlo requeriría un tiempo o espacio del que ahora no dispongo y espero disponer en próxima ocasión.

ELASTICIDAD Y COLOR EN DARÍO

El verso de Darío tiene sobre todas sus excelencias ésa que ningún otro posee en el mismo grado: la virtud de su elasticidad. Lo recitamos y está vibrando, dilatándose sílaba tras sílaba, respirando hondamente, siempre sonoro y fresco y delicioso, de timbre nuevo y vario, siempre empujando desde su núcleo, desde sus núcleos en todos los sentidos, hacia delante y hacia atrás también, hacia lo hondo y hacia lo alto, siempre acariciándonos y halagándonos la sen-